

CÁTEDRA GLOBALIZACIÓN Y DEMOCRACIA

El actual proceso de globalización supera largamente los procesos de mundialización e internacionalización instalados desde hace tiempo en la historia de la humanidad.

Se caracteriza por una contracción sin precedentes del tiempo y el espacio, producto de una revolución tecnológica, en particular de las tecnologías de la información y comunicaciones que cambian las relaciones de producción y de poder, las bases de la sociedad industrial, y dan lugar a una sociedad-red global de interdependencia creciente y desequilibrada.

Todas las sociedades contemporáneas viven de manera e intensidad diversas en este marco que produce cambios enormes en la vida de las personas: los cambios que antes se producían en varias generaciones, hoy se producen en el curso de una vida.

Se trata de un proceso ambivalente que puede conllevar grandes posibilidades de desarrollo o ahondar las desigualdades existentes.

Las democracias contemporáneas, aquellas que conjugan la protección de la libertad individual y tienden hacia sociedades más justas, ven afectado el funcionamiento de sus instituciones clásicas debido a estos nuevos desarrollos que permiten que la voz de los ciudadanos pueda alzarse en cualquier momento y desde cualquier lugar a través de la profusión de los medios de comunicación interactivos.

La Cátedra Globalización y Democracia se propone hacer una contribución significativa a la reflexión sobre las transformaciones sociales, económicas, culturales y políticas que conlleva el actual proceso de globalización y los desafíos que plantean para el funcionamiento democrático de las sociedades latinoamericanas. Lo hará desde una perspectiva interdisciplinaria, poniendo el acento en relevar las complejidades de este proceso y evitando visiones simplificadoras y unilaterales.

La cátedra estará centrada en la invitación de cuatro o cinco personalidades relevantes a nivel mundial cada año, quienes darán una conferencia pública relacionada con el tema de la cátedra y, eventualmente, un seminario de alto nivel para una discusión académica sobre las temáticas abordadas por la personalidad invitada.



La democracia en América Latina: entre la esperanza y la sospecha

Alain Rouquié

Conferencia realizada en la
Cátedra Globalización y Democracia
Universidad Diego Portales / 2 de junio de 2009

La democracia en América Latina: entre la esperanza y la sospecha

Conferencia de Alain Rouquié



EDICIONES
UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

LA DEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA:
ENTRE LA ESPERANZA Y LA SOSPECHA

© Ediciones Universidad Diego Portales, 2009

Universidad Diego Portales
Dirección de Extensión y Publicaciones
Av. Manuel Rodríguez Sur 415
Teléfono: (56 2) 676 2000
Santiago – Chile
www.udp.cl (Ediciones UDP)

Edición: Andrés Braithwaite
Diseño: Felicidad

Impreso en Chile por Salesianos Impresores S. A.

Cátedra Globalización y Democracia

COMITÉ CONSULTIVO INTERNACIONAL

Alain Rouquié. Cientista político. Presidente de La Maison de l'Amérique Latine, Francia.

Fernando Calderón. Doctor en sociología. Encargado del Informe de Desarrollo Humano en Argentina.

Fernando Henrique Cardoso. Ex presidente de Brasil.

Harley Shaiken. Director del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Berkeley.

Héctor Aguilar Camín. Escritor, ensayista y director de la revista *Nexos* de México.

Manuel Castells. Profesor emérito de la Universidad de Berkeley. Profesor de la Universidad de Southern California y de la Universitat Oberta de Catalunya.

Marina Subirats. Catedrática emérita del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma de Barcelona. Fue directora del Instituto de la Mujer del Ministerio de Asuntos Sociales entre 1993 y 1996.

COMITÉ CONSULTIVO NACIONAL

Agustín Squella. Consejero de la Universidad Diego Portales.

Alejandro Foxley. Economista. Fue ministro de Hacienda entre 1990 y 1994, senador entre 1998 y 2006, y ministro de Relaciones Exteriores entre 2006 y 2009.

Álvaro Saieh. Ingeniero comercial por la Universidad de Chile y PhD en economía por la Universidad de Chicago. Empresario, presidente de CorpGroup S. A. y Copesa.

Carlos Peña. Rector de la Universidad Diego Portales.

Cristóbal Marín. Vicerrector académico de la Universidad Diego Portales.

Ernesto Ottone. Director de la Cátedra Globalización y Democracia de la Universidad Diego Portales.

Oswaldo Puccio. Doctor en filosofía por la Universidad de Humboldt. Fue ministro secretario general del Gobierno entre 2005 y 2006, y embajador de Chile en España entre 2006 y 2008.

Rossana Castiglioni. Directora de la Escuela de Ciencia Política de la Universidad Diego Portales.

Martín Hopenhayn. Master en filosofía por la Universidad de París VIII. Director de la División de Desarrollo Social de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, CEPAL.

ÍNDICE

Presentación de Alain Rouquié por parte de Ernesto Ottone, director de la Cátedra Globalización y Democracia	9
“La democracia en América Latina: entre la esperanza y la sospecha”, conferencia de Alain Rouquié	11
Preguntas y respuestas	33



Presentación de Alain Rouquié por parte de Ernesto Ottone, director de la Cátedra Globalización y Democracia

Señor rector, estimado Alain:

Es para la Universidad Diego Portales y su Cátedra Globalización y Democracia una gran satisfacción presentar al profesor Alain Rouquié, eminente politólogo francés, quien desde muy joven se interesó en América Latina.

Sus estudios, investigaciones y escritos dieron lugar a una obra maciza que cuenta con más de quince libros, entre los cuales quisiera destacar *Poder militar y sociedad política argentina* (1978), *El Estado Militar en América Latina* (1983), *América Latina, introducción al Extremo Occidente* (1987), *Guerra y paz en América Central* (1992) y *Brasil en el siglo XXI (nacimiento de un nuevo grande)* (2006).

Pero el conocimiento profundo que tiene Alain Rouquié de América Latina va más allá de los estudios y de su extensa vida académica; se combina también con una significativa experiencia diplomática en momentos claves de la historia reciente. Cabe destacar entre ellos su rol de embajador de Francia en El Salvador y Belice entre 1985 y 1988, en México entre 1989 y 1992 y en Brasil entre los años 2000 y 2003.

Actualmente es director emérito de investigación en la Fundación Nacional de Ciencias Políticas y presidente de La Maison de l'Amérique Latine en Francia.

Quienes conocen su obra saben que su mirada sobre la región jamás estuvo guiada por una búsqueda de exotismos o altos coloridos, sino por la búsqueda de comprender las particularidades de América Latina a través de un método comparativo y el marco de sus rasgos universales en una perspectiva de su integración al desarrollo global.

Es a partir de esa mirada que su contribución ha tenido particular relevancia y capacidad interpretativa de larga duración, ajena a modas intelectuales e ideologismos exarcebados de uno u otro momento histórico, captando con antelación fenómenos como el carácter de actor global de Brasil.

Esa mirada coincide plenamente con el objetivo de nuestra cátedra, que pretende una visión a la vez crítica y normativa del proceso de globalización, poniéndolo en tensión con la opción valórica por el desarrollo de la democracia.

En su conferencia, el profesor Rouquié abordará un tema central para nosotros, los latinoamericanos: el de la democracia, que, como bien sabemos, ha recorrido un trayecto lleno de vicisitudes en nuestra historia, su fortaleza ha sido esquiva y lábil, y cuyo enorme valor parecemos apreciarlo sólo las veces que la perdemos.

“Entre la esperanza y la sospecha” ha subtitulado Alain su conferencia. Me parece que ese subtítulo muestra a la vez su rigor y su cercanía con nuestra región.

Alain, muchas gracias por estar con nosotros.

La democracia en América Latina: entre la esperanza y la sospecha

Conferencia de Alain Rouquié

(Transcripción editada de la grabación de la ponencia)

Sumario

1. Las nuevas democracias latinoamericanas	12
2. La democracia como valor compartido	15
3. Desmilitarización de la vida política	16
4. Salvación por el sufragio	18
5. Tipos de gobiernos de izquierda	25
6. La sospecha de la democracia	27
7. Conclusiones	31

1. Las nuevas democracias latinoamericanas

Tratándose de la democracia, América Latina es el continente de la sorpresa y de la paradoja. En primer lugar, esta región, más conocida por sus dictaduras que por la estabilidad de sus gobiernos constitucionales y democráticos, es hoy el continente que cuenta con el mayor número de regímenes democráticos en el mundo. En la América continental¹ no hay ningún país que escape a la definición schumpeteriana de la democracia, en que los ciudadanos pueden aceptar o rechazar a sus dirigentes. El segundo comentario es que nunca, desde la segunda guerra mundial, y casi diría que nunca en su historia, América Latina ha tenido tantos gobiernos representativos y por tanto tiempo. Algunos países tienen una democracia por casi un cuarto de siglo, lo que nunca había pasado antes. Y el tercer punto es recordar la vitalidad reciente de la democracia. Entre noviembre de 2005 y diciembre de 2007 se han verificado quince elecciones presidenciales a lo largo del continente.

Sólo una ha tenido un resultado impugnado por el candidato vencido; México constituye el único caso. Al contrario, hubo un gran número de alternancias en el poder y esas alternancias se han verificado de forma serena y normal, dando prueba de la consolidación democrática y la estabilidad política a lo largo del continente.

Hay suficientes situaciones políticas, nacionales, que parecen mostrar que la teoría que tanto se utilizó hasta hace diez o quince años de las olas democráticas al estilo Huntington ya no funciona. La vuelta del péndulo hacia el otro lado, al del autoritarismo, parece ya más difícil que nunca.

Lo que sí hay que subrayar es que no sólo hay una difusión y una duración de la democracia como anteriormente no se había dado, sino que además hay países que se han democratizado, que han tenido gobiernos democráticos que han durado largo tiempo, países que no tenían antecedentes democráticos o de estabilidad democrática semejante en toda su historia.

No quisiera pasar revista de todos los países con esa situación, pero veamos algunos ejemplos. Argentina acaba de vivir más de un cuarto de siglo

¹ Esta conferencia se realizó antes del golpe de Estado en Honduras. [Nota del editor].

de democracia continua después de medio siglo de hegemonía militar y de alternancia más o menos perversa entre gobiernos débiles y dictaduras militares. Ha pasado –y eso es una prueba de fuego– por tres alternancias políticas, tres cambios de partidos en el poder, en 1989, 1999 y 2002-2003, ello a pesar de las graves dificultades económicas por las que ha atravesado.

En Brasil la democracia restaurada en 1985 ha superado en duración al régimen militar instaurado en 1964, igual que en Chile. Pero, en el caso de Brasil, cuando en enero de 2003 Lula da Silva asume la presidencia, hacía 43 años que un presidente elegido por sufragio directo no había sucedido a un presidente también designado por sufragio universal, fruto de la inestabilidad crónica que existió entre 1945 y 1964.

Si tomamos el caso de México, que también es un caso excepcional, este país nunca hasta el año 2000 había conocido la democracia electoral, es decir la incertidumbre del resultado de las elecciones. Ni en tiempo del liberalismo porfirista ni durante la revolución, ni en tiempo posrevolucionario con la hegemonía del Partido Revolucionario Institucional (PRI). En ningún período anterior había conocido competencia política abierta e incertidumbre. Durante 70 años México había sido gobernado por un partido hegemónico que se confundía con el Estado y que controlaba la sociedad.

Lo mismo ha ocurrido con Paraguay. Este país nunca había conocido la democracia verdaderamente, hasta el 20 de abril de 2008. Después de dos siglos de independencia, datada en 1811, un candidato independiente apoyado por la izquierda y por las fuerzas pro democracia logró derrotar conjuntamente al candidato de las fuerzas armadas, o apoyado por los militares, y a la candidata del Partido Colorado, la fuerza política que ha dominado el país antes, durante y después de la dictadura del general Stroessner, es decir durante 60 años.

Enumerando los casos de sorpresa democrática, quisiera mencionar algunos datos de América Central porque son aun más ilustrativos de lo que estoy diciendo y presentan situaciones muy interesantes en relación a la emergencia de las democracias. Por ejemplo, en la historia de Nicaragua hasta 1990, la democracia era una palabra totalmente sin sentido.

Guatemala había tenido diez años de una primavera democrática con gobiernos reformistas desde 1944 hasta 1954, pero, como decía un poeta guatemalteco, “éste ha sido siempre el país de la eterna tiranía”.

En El Salvador, los paréntesis democráticos fueron escasos, y yo diría intersticiales, entre un golpe de Estado y la dictadura siguiente. No había democracia ni tradición democrática, y ayer asumió el nuevo presidente de la república en El Salvador, quien fue el candidato del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, es decir de un ex frente de guerrilla.

¿Qué sucedió en El Salvador durante el siglo XX? Desde 1948 existía un régimen de coroneles con una fachada institucional de tipo mexicano, que ganaba siempre las elecciones, y cuando las perdía, como en 1972, terminaba ganándolas con la violencia. En 1980, los opositores de izquierda se sublevan y comienza una guerra civil que dura doce años con un balance de 70 mil muertos.

Después de los acuerdos de paz de Chapultepec, los dos bandos abandonan las armas y forman partidos políticos: el Frente Farabundo Martí de los guerrilleros, que no cambia de nombre al transformarse en partido, y la extrema derecha contrarrevolucionaria, que había financiado escuadrones de la muerte y todo tipo de instrumentos para mantenerse en el poder, funda su partido, ARENA, Alianza Republicana Nacionalista. Ellos se enfrentan en las urnas, en medio de una polarización bastante fuerte con mucha diferencia propagandística y conflictos. Cuatro veces seguidas, la derecha gana las elecciones, mientras el FMLN se hace fuerte en la ciudad y en el Congreso, hasta que en marzo de 2009 se da la sorpresa de la alternancia con el triunfo de Mauricio Funes.

Después de esas quince elecciones presidenciales, los comentaristas en general, en Europa y en todas partes, han hecho hincapié en un presunto giro a la izquierda. Lo más importante que debemos subrayar, sin embargo, son las alternancias en el poder. La sustitución de un gobierno por otro, de signo diferente y a veces contrario, es prueba de una democracia afianzada, y eso no es necesario explicarlo.

2. La democracia como valor compartido

Ahora bien, la consolidación representativa no se puede explicar sólo por el “fin de la historia”, o la victoria global de la democracia y el mercado en los años 90.

Esta primavera democrática no hubiera sido posible sin un movimiento de fondo, una tendencia fuerte que hizo que la democracia volviera a América Latina; esa tendencia general consistió en que la democracia se volvió un valor ampliamente compartido. Es decir, se generó un consenso en todo el espectro ideológico respecto a que los resultados de las contiendas electorales debían ser aceptados y acatados.

Así es como los ayer partidarios de la lucha armada, guerrilleros y revolucionarios, se han convertido en demócratas, tanto en América Central como en América del Sur.

Con escasas excepciones, la lucha armada dejó de ser una opción política. La única excepción es Colombia, pero el conflicto armado colombiano es muy antiguo, anterior al castrismo, y persiste prolongado por los ingresos del narcotráfico y por una anterior desmovilización fracasada de las guerrillas.

Pero en los demás países las conversiones han sido numerosas, yo diría espectaculares y vistosas, de dirigentes políticos de izquierda que habían denunciado a la democracia burguesa, las libertades formales, hasta que descubrieron durante los “años de plomo” de las dictaduras terroristas el valor supremo del Estado de derecho y de las libertades fundamentales.

La visibilidad de tales conversiones democráticas es notable en América Central: el Frente Sandinista, el Frente Farabundo Martí, la Unión Revolucionaria Guatemalteca. No lo es menos en América del Sur, donde la ilusión de la vía armada fue una catástrofe política y generacional para buena parte de la izquierda.

Esa visibilidad es espectacular cuando los ex guerrilleros acceden democráticamente al poder para implementar políticas reformistas moderadas.

El caso de Uruguay me parece siempre muy interesante. En Uruguay, en el Frente Amplio que está en el poder, el partido más influyente y más fuerte que participa en el gobierno del presidente Tabaré Vázquez, es

el Movimiento de Participación Popular, formado por ex miembros del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros, quienes impulsaron la guerrilla urbana en los años 70, y el ministro más popular es el ministro de Agricultura, procedente de ese sector político, José Mujica, posible candidato a la presidencia de la república.

En Brasil, como se sabe, el Partido de los Trabajadores de Lula fue formado por tres grupos en su origen. Nació de la unión de sindicalistas, como Lula da Silva, quien es su más importante fundador y ahora presidente de Brasil, por militantes cristianos y por ex partidarios de la lucha armada y revolucionaria. La actual secretaria general de la Presidencia y probable candidata del PT y de Lula para la presidencia, Dilma Rousseff, procede de ese sector, como de ese sector procedía su antecesor en la Secretaría General de la Presidencia, José Dirceu.

Podríamos agregar Argentina a esta lista. En el país vecino, los Kirchner provienen abiertamente de los militantes y sobrevivientes de la generación perdida de los 70, y varios miembros de la Juventud Peronista y simpatizantes de los montoneros ocupan puestos importantes del gobierno desde el 2003. Pero “la gracia” democrática ha afectado también a otros grupos, no sólo a la extrema izquierda, sino también a sectores de la extrema derecha.

3. Desmilitarización de la vida política

La transformación democrática del conservadurismo faccioso y de la oposición de derecha desleal al sistema democrático ha sido crucial para la estabilidad democrática y la alternancia pluralista. Los partidarios del *statu quo* ya no llaman sistemáticamente a la puerta de los cuarteles para defender sus intereses y corregir la aritmética electoral como lo hacían todavía hace 15 ó 20 años. El final de la guerra fría les ha quitado una poderosa palanca, que era el anticomunismo y que permitía movilizar a las fuerzas armadas contra todo intento de cambio social en algunos países.

Además de un contexto regional e internacional de vigilancia y hostilidad a las aventuras anticonstitucionales, otros factores han ayudado a la desmilitarización de la vida política en varios países redemocratizados, cuestión que se aplica menos a Chile.

Las medidas de desmilitarización han sido bastante eficaces en diversos países. Podemos citar entre otras cosas que ayudaron a la desmilitarización la revelación inmediata o gradual de las violaciones sistemáticas de los derechos humanos –bajo las dictaduras contrarrevolucionarias de los años 70–; la reducción de los efectivos y de los presupuestos militares en ciertos países y, en un país cercano como Argentina, la supresión del servicio militar obligatorio, que daba un capital humano y político muy fuerte a las fuerzas armadas; y la redefinición de las responsabilidades de las fuerzas armadas excluyendo toda intervención en las cuestiones de seguridad interior con un cambio de la ley de defensa, limitando a aquéllas a defender el territorio contra las amenazas externas.

También la privatización del patrimonio industrial de las fuerzas armadas, que en algunos países era muy, muy fuerte, tuvo cierta influencia para deslegitimar la intervención en los asuntos políticos. Y, finalmente, el acercamiento entre países vecinos que tenían una tradición de hostilidad con hipótesis de guerra de las fuerzas armadas volcadas hacia el país vecino –sea por procesos de integración, como en el caso del Mercosur entre Brasil y Argentina, sea por la resolución de diferendos territoriales, como fue el caso de Chile con Argentina– ha permitido reducir las tensiones y ha justificado la reducción de los medios humanos y materiales de las fuerzas armadas, suprimiendo los pretextos de injerencia militar en el espacio público.

Esos procesos de desmilitarización no ocurrieron de la misma forma en Chile, que presenta el caso peculiar de una vuelta a la democracia en el marco de una Constitución impuesta por la dictadura, y he visto que todavía se está discutiendo sobre el 10 por ciento del fondo del cobre asignado al presupuesto militar.

Frente a una opinión pública más informada y movilizadora para defender las instituciones, es una verdadera novedad en muchos países que se vea como algo negativo la participación de los militares en la vida política, porque en algunos países esa participación se había trivializado, se había transformado en una forma casi institucional de acceso al poder y de cambio de gobierno. Eso ya ha caducado; la ola de militarismo ya ha

pasado, y así lo muestran los fracasos de los intentos golpistas, como en Venezuela, por ejemplo, los dos en 1992, en febrero y noviembre, o en 2002: el primero protagonizado por Chávez y el otro contra Chávez. O en Paraguay, con los intentos del general Oviedo en 1996 y 2000. Tanto es así, que algunos militares golpistas se vuelven demócratas. Si tomamos el caso de Ecuador, Paraguay o Venezuela, vemos que los ex golpistas terminan sometiéndose, con éxitos distintos, al sufragio universal, y eso es bastante significativo: tanto en el caso de Chávez, Lucio Gutiérrez o el general Oviedo en Paraguay, finalmente son candidatos a elecciones.

4. Salvación por el sufragio

Éstos son indicios de consolidación de la democracia. Hay otros medios que quisiera explorar ahora hablando de lo que podríamos llamar “la salvación por el sufragio”.

El cambio de comportamiento político que acabamos de comentar, la desmilitarización de la vida política, no asegura la estabilidad del gobierno democrático del continente. La ola de elecciones presidenciales de 2004 a 2007, con sus alternancias, ha llamado la atención del mundo sobre la consolidación democrática con una interrogante, pero esa interrogante viene de lo que había pasado antes, porque al final de los años 90 y los primeros años del nuevo siglo hemos podido observar en varios países acontecimientos que no parecían ir hacia una consolidación de la democracia.

Acontecimientos que desde el punto de vista de la democracia no eran alentadores. Me refiero, primero, a una secuencia de estallidos sociales y fuertes olas de protestas con objetivos políticos que ocurrieron de manera diversa en varios países, y, segundo, relacionado con el primer punto, la renuncia antes del término de su mandato de varios jefes de Estado, a causa de protestas sociales extendidas.

Unos 14 presidentes electos han renunciado antes del fin de su mandato y cinco de esas renunciaciones se han producido en el siglo actual. Una en Argentina, en 2001; dos en Bolivia, en 2003 y 2005, y dos en Ecuador, en 2000 y 2005. Esa distribución de continuidad institucional hace pensar que el despertar democrático latinoamericano es frágil, y por su-

puesto que no faltan explicaciones convincentes, tanto generales como nacionales y particulares, de esos acontecimientos.

Se puede pensar, por cierto, que las enormes expectativas políticas y sociales generadas por la salida de la dictadura sólo podían provocar insatisfacción, incluso porque la vuelta a la democracia coincidió con la crisis de la deuda y la década perdida del 80, y para superar esa situación bastante conocida se implementaron políticas de ajuste liberal, de forma a veces muy brutal, cuyo componente antiestatista y desregulador conocemos. El resultado es desempleo, crecimiento de la desigualdad en el continente y, algo muy importante, crecimiento del sector informal de la economía.

A principios del siglo XXI el sector informal representaba cerca del 50 por ciento de la población económicamente activa a lo largo del continente y el 80 por ciento de los empleos creados entre 1980 y 2000 pertenecía a este sector.

La informalización del trabajo es un factor de exclusión social y la reducción o la supresión de las redes públicas de protección social han sido causa de un clima de inquietud y malestar creciente.

Esto explica por qué la prioridad económica supera las encuestas de principios de siglo, y todas esas preocupaciones.

Ustedes deben recordar aquel resultado muy comentado, y que pareció muy escandaloso, de la gran encuesta del PNUD sobre democracia en América Latina, donde aparece que el 55 por ciento de los ciudadanos del continente consideraba que un gobierno autoritario sí resolvía los problemas económicos y valía más o era preferible a un gobierno democrático. Esa opinión debe haber cambiado después de los años de crecimiento.

Con la bonanza económica ocurrida entre el 2003 y el 2006, con un crecimiento fuerte en casi todos los países, la opinión cambió bastante y la imagen de la democracia ha crecido y ha sido mucho más favorable. Pero, al lado de la opinión, están los comportamientos y el desempeño de las instituciones.

En relación a lo anterior aparecen dos tendencias muy notables y positivas para la consolidación de la democracia. Primero, la resistencia o el vigor de las instituciones y del orden representativo frente a protestas

sociales y crisis políticas. Segundo, la propensión inesperada de los ciudadanos a buscar una solución electoral al malestar económico social y, también, al desencanto político. Referiré algunos ejemplos.

La renuncia de presidentes antes de terminar su mandato se ha producido dentro de un marco institucional. Han sido sustituidos ya sea por el vicepresidente, cuando lo había, de forma totalmente serena y constitucional, o cuando no lo había, como en el caso de Argentina –donde el vicepresidente había renunciado antes–, el Congreso, después de consultar a los partidos, elige un presidente interino de acuerdo a la Constitución.

En cuanto a la valoración del sufragio, los casos argentino y boliviano me parecen muy significativos, sobre todo porque son muy diferentes. Como recordamos, la situación de Argentina en 2001, en crisis económica desde 1998-99, se encontraba en una situación dramática de debacle económica; la convertibilidad ficticia “un dólar por un peso” había golpeado bastante al país, que se encontraba en cese de pago y bancarota. En el granero del mundo que fue Argentina, la pobreza llegaba al 50 por ciento de la población y el desempleo en el Gran Buenos Aires era del 21 por ciento. Antes del final de 2001, en octubre, se llevaron a cabo elecciones legislativas con un clima muy especial. Con un fondo de caçerolazos, con piqueteros ocupando los puentes y las carreteras, fue una derrota sin precedentes para el poder, para el Partido Radical y para el presidente De la Rúa.

La consigna era “que se vayan todos”. La abstención alcanzó el 25 por ciento. El voto *bronca*, como se llamó entonces al voto de protesta, blanco y nulo, representó el 22 por ciento de los sufragios, y muchos comentaristas consideraron que la democracia estaba muy herida y que las instituciones argentinas habían entrado en una crisis de largo plazo.

El Congreso designó un presidente interino y éste convocó en marzo de 2003 a elecciones presidenciales. El resultado fue sorprendente: el candidato peronista apoyado por el presidente interino ganó la presidencia con un escaso 22 por ciento, que da más o menos la cifra del desempleo del Gran Buenos Aires. Ganó esas elecciones sin segunda vuelta por el abandono de su adversario, que iba a sufrir una aplastante derrota y

prefirió no presentarse. Este adversario no fue importante aunque hizo vulnerable al presidente Kirchner en un primer tiempo.

Lo interesante es que, a pesar de lo que se creía desde octubre de 2001, los argentinos no querían que se fuesen todos. Querían que se fuesen algunos y otros se quedaran para dar al país un gobierno legítimo, un gobierno que tuviese legitimidad, que pudiera restaurar la paz social, que ayudara a los más desposeídos y reactivara la economía. Si miramos las cifras electorales, vemos que en 2003 la abstención y los votos blancos y nulos han vuelto a su nivel histórico, y el llamamiento a votar en blanco de ciertos grupos extremistas contra la clase política fracasó totalmente.

El caso de Bolivia de diciembre de 2005 es sumamente interesante para observar la alternancia electoral.

La elección de Evo Morales, candidato antipartido, antisistema y refundador, puso término a cinco años de protestas y de sublevaciones que había provocado la renuncia de dos presidentes y el colapso del sistema de partidos.

La llegada a la presidencia de Evo Morales constituye un acontecimiento histórico para Bolivia que vale la pena examinar. Primero, tiene una elección excepcional, un 54 por ciento que no tiene precedente. Segundo, el perfil sociológico del candidato: primera vez que un indígena aymara, mestizo cultural por cierto, pero no integrado a los sectores dirigentes, accede a la presidencia.

No es, como suele decir el gobierno boliviano, el primer presidente indígena de América Latina. Lo habían precedido Benito Juárez en México y Alejandro Toledo en el Perú, pero es primera vez que un campesino, aunque cocalero es campesino, un sindicalista campesino llega al poder, y no llega solo, llega con nuevas capas sociales que lo acompañan y que modifican profundamente la composición étnica de los círculos dirigentes. Se trata del mayor cambio que ha pasado en Bolivia desde la revolución de 1952.

Quiero subrayar el hecho de que esto ocurre después de cinco años de protestas y de movimiento de muchedumbre. Tanto es así que un sociólogo que resultó ser el vicepresidente de Morales, García Linera, inventó el concepto de multitud como actor político y social en el momento de 2000-2005 en Bolivia.

Antes se consideraba que el sindicato obrero era el actor principal, y esto era una visión marxista de la historia, pero ahora es la multitud, y los conceptos de multitud y elección no se ayudan mucho.

Lo que ocurre en Bolivia es que esa multitud se transformó en electorado y se encauzó en un cuerpo electoral que permite un cambio, una alternancia muy ambiciosa, con el objetivo de refundar la república por el sufragio, y para terminar con el modelo neoliberal y reintegrar, o integrar, a los indígenas que se unen al Movimiento al Socialismo, partido de Morales, quienes habían sido excluidos del poder y de la economía.

¿Qué podemos sacar como lección del caso boliviano? Yo diría que los electores creen en el poder del sufragio. Creen que pueden cambiar no sólo los dirigentes, sino su vida, su porvenir a través del voto y de las urnas, lo que significa, a mi modo de ver, un evidente progreso de la ciudadanía y una ampliación de la participación política.

Este panorama no se completaría sin alguna referencia a Brasil.

La elección brasileña de 2002 también tiene algo parecido a un cambio profundo y a una alternancia que parecía imposible. Primero, las instituciones resistieron a un primer embate que fue la renuncia de Collor, que fue la primera crisis fuerte de la Nueva República. Renuncia el primer presidente elegido por sufragio universal y no pasa nada. Las fuerzas armadas se quedan tranquilas, todo sucede con toda serenidad y el vicepresidente asume. Sólo quiero agregar datos de una encuesta de 1991. En aquel entonces, ocho meses antes de la renuncia de Collor, sólo el 39 por ciento de los brasileños consideraban que la democracia era preferible a cualquier otro régimen y el 46 por ciento de los mismos, contra el 17 por ciento añoraban el milagro económico del año 70, bajo la dictadura, y consideraban que vivían mejor. Eso demuestra que las instituciones seguían siendo muy fuertes.

En 2002, la resistencia de las instituciones fue considerable, ya que los medios económicos estimaban que la llegada al poder del PT, por su tradición de izquierda revolucionaria, iba a ser una catástrofe y que significaba despilfarro y estatismo. Tanto es así que provocan una recesión en los mercados, el riesgo-país sube al nivel de Sierra Leona en África,

lo que no es ninguna referencia positiva, y los expertos anuncian que el país va a caer en cese de pago como Argentina.

Pese a la intimidación del electorado, éste vota a favor de Lula porque considera que la recesión no se debe a la posible llegada de la izquierda al poder, sino a la forma como el gobierno saliente ha manejado las cosas.

Se da un efecto boomerang y Lula gana las elecciones. Lo que pasó después es conocido: Lula fue reelegido con el 60 por ciento de los sufragios en 2006 y a principios de 2009, antes de la crisis, tenía cerca del 80 por ciento de opiniones favorables.

Esta salvación por el sufragio significa un fenómeno bastante fuerte en países donde el sufragio no era tan valorado. Pero la alternancia no es eso, sino un cambio de orientación.

Avance democrático y representación

En vista del resultado de las doce elecciones presidenciales de 2006, como les decía antes, se ha hablado de un giro hacia la izquierda continental, y a partir de eso los mismos comentaristas, sobre todo del norte de Europa o de Estados Unidos, han tratado de ver qué significaba ese giro hacia la izquierda.

Lo que es importante no es el membrete revolucionario o la retórica socialista de los nuevos elegidos, sino el cambio sociológico que ha ocurrido desde entonces.

La verdadera novedad es que como nunca los gobernantes de América Latina se parecen a los gobernados. Por primera vez, un obrero, un indígena, una mujer, pueden acceder a la jefatura del Estado por sus propios méritos. Me refiero en particular al caso de Chile, porque no me parece particularmente meritorio ser mujer o viuda de un presidente para ser elegida.

Yo diría que, a diferencia del pasado reciente, en muchos países de América Latina el obrero no vota necesariamente por el patrón, el pobre por el rico o el indígena por el blanco. Se puede decir que por primera vez el concepto de representación cubre sus dos significados. El primer significado es el constitucional, el de delegación de la fracción de poder

que tiene el elector, y un segundo significado que es de semejanza, de parecido. Casi de encarnación y de proximidad.

El caso de Brasil parece sumamente significativo. La elección presidencial en octubre de 2002 del sindicalista obrero metalúrgico Lula da Silva fue percibida o vivida como una suerte de emancipación simbólica de las clases populares, las cuales se sentían por fin representadas.

Agregaría a eso una referencia al primer intento de Lula para postularse por un puesto de elección popular, el cual ocurrió en 1984 para la gobernación de São Paulo. Fue un fracaso total, llegando en cuarto lugar. Una encuesta revela que los electores de los sectores más desfavorecidos no habían votado por el candidato del PT porque no tenían confianza en un hombre del pueblo como ellos mismos. Ello muestra el largo camino que se ha recorrido entre 1984 y 2002.

En Bolivia, con la llegada de Evo Morales a la presidencia, hemos asistido a una verdadera renovación, una ampliación de la clase política. Yo hasta diría que en Venezuela es preciso notar que Hugo Chávez, hijo del pueblo –como por lo menos él dice– del estado llanero de Barinas, hijo de maestro de escuela, no pertenece a las clases dirigentes blancas. A las que tampoco pertenece Ollanta Humala, quien en el Perú logró recibir en la segunda vuelta el 47 por ciento de los sufragios en las elecciones presidenciales. Las etiquetas políticas ocultan muchas veces los cambios sociales y culturales más profundos, pero también la continuidad del comportamiento y de las instituciones.

Cuando se ha hablado del giro a la izquierda se ha tratado de ver dos izquierdas: la buena y la mala. La primera, moderada, responsable y constructiva, y la otra, tachada de confusa retórica demagógica, en una palabra populista, palabra que detesto y que dejo de lado. Esta distinción tiene algún fundamento, pero son distinciones más morales que políticas que no nos ayudan a comprender las peculiaridades de los distintos regímenes o gobiernos de “izquierda” o progresistas.

De hecho, semejante encasillamiento me parece que no toma en cuenta la diversidad latinoamericana y juzga ideológicamente los gobiernos, como si en todos los países todas las opciones estuvieran abiertas. Como

si las dinámicas económicas del pasado y la cultura fuesen uniformes en todo el continente. Creo que existen verdaderamente dos tendencias, pero las vería de otra forma para tratar de entender mejor lo que ha pasado en algunos de esos países.

5. Tipos de gobierno de izquierda

Podríamos distinguir dos tipos de gobierno. Utilizaré conceptos arbitrarios pero que cubren bastante más la realidad que el concepto de populismo o de izquierda genuina. Yo diría que por un lado están los *refundadores* y por otro lado están los *desarrollistas sociales*. Los primeros son gobiernos de ruptura que tienen como objetivo la refundación del sistema político para responder a una presunta demanda de reparación social y moral. Son regímenes a la vez reparadores y refundadores. Los segundos favorecen la continuidad en el campo económico; son constructores de consenso para evitar la inestabilidad política y consideran que la modernización de la economía permitirá responder con eficiencia a las demandas sociales. Veamos algunas características de los gobiernos reparadores.

Los gobiernos reparadores tienen un discurso fuertemente identitario. Para que haya una reparación, tiene que haber una fuerte referencia de identidad. La identidad es el nacionalismo, la defensa de los recursos naturales, que en el caso de Bolivia es una especie de angustia patrimonial: “nos han quitado el oro, la plata, el estaño y ahora nos van a quitar el gas”. Hay una crispación sobre eso. La integración de sectores sociales o étnicos marginados puede también ser la referencia.

Entonces, ¿por qué se da este tipo de regímenes? En la realidad histórica, surgen en países sacudidos por protestas sociales, donde el poder de la calle ha desestabilizado las instituciones y donde se ha verificado un colapso de los partidos políticos y se ha debilitado el sistema representativo. Tomemos el caso de Venezuela cuando se elige a Chávez en 1998. No es él quien termina con el bipartidismo del “pacto de punto fijo”.

El bipartidismo estaba en una crisis y bastante desacreditado. Pero en Venezuela hay otro factor que no se encuentra en ninguna parte. Los gobiernos sucesivos desde 1948 hasta ahora nunca han sido desarrollistas,

ni ayer ni ahora. Han sido estatistas, mesiánicos, tanto en el tiempo de Betancourt como en el de Carlos Andrés Pérez, con diferentes estilos, pero con cierta continuidad. Desde el comienzo de la era del petróleo se trata de un Estado rentista donde el crecimiento depende de un factor externo que escapa del control del gobierno nacional. La vida pública gira alrededor de la redistribución de la renta petrolera y no de la producción.

Al contrario, los regímenes desarrollistas de izquierda, sociales, tienen, en la mayoría de los casos, presidentes de izquierda, pero no tienen necesariamente un gobierno de izquierda. Tienen gobiernos de coalición, porque se instalan en países que tienen un sistema de partidos coherente, consistente y fuerte, lo que no es el caso de Bolivia, ni de Ecuador ni Venezuela. Tienen una estructura coherente los casos de Chile, Brasil y Uruguay, los cuales no tienen un sistema de partidos en colapso. Entonces, por opción o por obligación, los presidentes, sean de izquierda o no, deben gobernar con otros partidos. El caso de Chile es evidente, donde, sin la Alianza, la concertación de los partidos Socialista y Demócrata Cristiano no habría sido posible para la reconstrucción de la democracia. En el caso brasileño, el PT, lo mismo que el partido socialdemócrata de Fernando Henrique Cardoso antes, tiene una pequeña minoría en el Congreso. El PT representa al 20 por ciento de los diputados de la cámara baja, así que tiene que gobernar en forma de presidencialismo de coalición.

Yo creo que esas son distinciones necesarias para tratar de entender esas diferencias, esos dos tipos de gobierno, y no acudiendo sólo a que nos guste o no nos guste lo que está pasando en un país o en otro. Hay en estos países refundadores, reparadores, una relación muy especial entre sociedad y Estado.

Por razones históricas, por el tipo de recursos, hay, por lo menos en los tres, Bolivia, Ecuador y Venezuela, un colapso de los partidos que es anterior a la llegada al poder de un *outsider*, y eso hay que tomarlo en cuenta.

La democracia en Chile fue condicionada y lo importante era crear consenso para evitar un regreso al autoritarismo.

En el caso brasileño le tocaba a Lula, una vez elegido, crear confianza para relanzar, reactivar la máquina económica para crear empleo. Ganó

las elecciones porque dijo que iba a crear empleo y fue el crecimiento de ese empleo lo que permitió a la izquierda laborista ganar las elecciones. También, cuando llega al poder, intenta asociar a los empresarios a un nuevo pacto social, que es el reverso social de la coalición de partidos con que gobierna. Cuando digo esto, me podrían decir que estoy adoptando una visión historicista y fatalista de las políticas de los países a los cuales me referí. No creo que sea eso. Creo que se puede superar la herencia nacional, la economía y la estructura social, la cultura.

Sólo quería subrayar la singularidad de los itinerarios nacionales y de los itinerarios políticos de los Estados en la diversidad de sus perfiles políticos, porque desconfío mucho de las caracterizaciones apresuradas y de las amalgamas continentales abstractas. Pero la democracia no se limita a la capacidad de los ciudadanos de cambiar pacíficamente de dirigentes. También está el Estado de derecho, que no es producto de un proceso electoral, y el camino de una gobernabilidad de calidad, de una democracia de alta intensidad.

6. La sospecha de la democracia

Podría ligar el desencanto ciudadano con la crisis representativa. Hay una tradición que hace que en casi todos los países de América Latina la democracia no tenga una muy buena imagen, porque la democracia representativa es consustancial de las independencias. Las independencias, es decir, cuando se crean nuevos Estados, se crean en base de la soberanía popular, excepto en Brasil.

No hay otra referencia legitimante, y, a pesar de eso, la historia es fecunda en dictaduras, en poder autoritario y en todos esos tipos de distorsión de las constituciones y de los procesos democráticos.

En la memoria colectiva existe una desconfianza bastante constante ante las democracias y hasta ante la democracia restaurada. Por cierto que la democracia siempre incumplida, y la desconfianza y el escepticismo, son rasgos intrínsecos, propios de los regímenes representativos.

El desencanto selectivo es parte del sistema, ya que los programas electorales no son compromisos, no son contratos. Así, al dirigente elec-

to, cuando llega al poder, se le sospecha que lo que prometió no lo va a cumplir o que lo va a cumplir yendo más allá de lo que había prometido, o que no puede implementar su plataforma. Pero esa brecha, esas diferencias o desfases, parecen histórica y particularmente frecuentes y espectaculares en América Latina. Yo citaré dos casos que están inscritos en la memoria de los países en que ocurrió.

El caso de Fujimori en Perú, que llegó al poder con apoyo de izquierda y con la esperanza ciudadana. Una vez llegado al poder, implementó el tratamiento de *shock* liberal de su adversario, haciendo exactamente lo contrario de lo que había prometido.

El caso de Venezuela también es importante si se quiere comprender el mecanismo a través del cual se instauró el sistema actual. Carlos Andrés Pérez había tenido una primera presidencia que correspondía al *boom* petrolero de los años 70 (73-79) y había hecho una política social sumamente generosa. Reelegido en 1988, con un cambio de coyuntura económica internacional rompe con las promesas de campaña, fallando en lo que se esperaba de él luego de su primera presidencia, e impone un plan de austeridad que provoca el famoso *Caracazo* de 1989. Este acontecimiento contra la política antiestatal de tinte liberal provoca que, en 1992, jóvenes oficiales, entre los cuales estaba el teniente coronel Hugo Chávez, organicen dos golpes de Estado seguidos sin ningún éxito. Todavía se considera que no sólo los golpes del 92, sino que el *Caracazo* es la fecha de nacimiento del chavismo.

Podríamos agregar lo de Argentina, con Carlos Menem, quien prometió el *salario*. Todo el mundo pensó que se transformaría en un nuevo Perón, gracias a una política social generosa, y durante diez años, con una política pro mercado y antiestatal y con la convertibilidad, contribuyó a dismantlar el modelo económico peronista original.

¿A qué se deben estos imprevistos cambios de orientación política, esas rupturas con los programas y las plataformas? A veces tienen su origen en la duplicidad demagógica, pero más parece que son los cambios de coyuntura o las imposibilidades materiales de cumplir con un programa electoral ambicioso o imprudente lo que provoca esos cambios que afectan la credibilidad de la democracia y de los partidos.

Se ha subrayado mucho y está en todos los libros de historia económica de América Latina la volatilidad económica y financiera como una de las características de esta región, por el carácter extrovertido de las economías, la dependencia de la exportación de materias primas, de *commodities*. Toda la doctrina Prebisch de CEPAL está basada en eso, con la fluctuación excesiva de los términos de intercambio en detrimento de las economías latinoamericanas.

Dadas esas condiciones, se entiende la dificultad de asegurar la continuidad y la previsibilidad de las políticas públicas, y digo dificultad y no imposibilidad, como lo muestra ahora la actual crisis mundial, con las muy encomiables políticas contracíclicas de varios países, como el caso de Chile, que acumuló reservas en los momentos de bonanza. Sin embargo, esas democracias que pierden credibilidad a través de su cambio de orientación hacen que la visión que se tiene del sistema representativo en el continente no esté a la altura de la resistencia y de la fortaleza de las instituciones. Ésa es otra paradoja.

Entre 2000 y 2006, las encuestas más serias, las chilenas o las de Latinobarómetro, muestran que uno de cada cinco latinoamericanos tiene confianza en los partidos políticos, que el 70 por ciento de los electores juzgan negativamente a los parlamentos –y hay países donde la imagen de su parlamento es aun más baja–, y que el mismo número de electores piensa que la democracia puede funcionar sin partidos y sin Congreso, lo que es muy difícil de tomar en consideración. Hoy hay en América Latina una especie de antiparlamentarismo, que es bastante antipolítico, lo que es bastante general, y varios Estados han vivido este colapso de partidos, como Ecuador y Bolivia. Tal es así, que en Bolivia, cuando nació el Movimiento al Socialismo, el partido de Evo Morales, no se creó como partido, sino que se nombró como un instrumento político para la emancipación del pueblo. Es un partido “indirecto”, ya que no hay miembros individuales. Son asociaciones o sindicatos los que forman ese instrumento político.

Lo mismo les podría señalar acerca de la improvisación para las elecciones que permitieron la llegada al poder de Rafael Correa en Ecuador. La improvisación de un partido que ni siquiera existe porque no es un

partido propiamente tal. Alianza País es tan sólo una etiqueta. En Venezuela, la cosa también es complicada, porque Chávez ha creado su Partido Socialista Unido de Venezuela, pero duda si crear un sistema de partido dominante o acudir a la democracia “directa” –digo directa porque la maneja directamente, a través de concejos y de otros tipos de asociaciones que dependen directamente de la Presidencia–.

En Argentina, hay que reconocer que existe un colapso de los partidos. El Partido Radical, que fue uno de los grandes partidos históricos, se ha empequeñecido y el pluripartidismo podría más bien ser un pluriperonismo. El peronismo se ha fracturado, y tanto es así que Néstor Kirchner durante todo su mandato habló de la creación de un nuevo partido que permitiría renovar la vida política y nunca lo hizo. Sigue manejando el Partido Justicialista, que también se ha fragmentado.

Tal vez esa crisis de los partidos no es un fenómeno único en América Latina. Esta crisis puede ser mundial por muchas razones en que no vamos a insistir, pero la erosión del papel de los partidos es un hecho en América Latina. Han perdido centralidad y hay una fuerte sospecha sobre las instituciones donde operan los partidos y los parlamentos.

En fin, si retomamos nuestra distinción, volviendo también a la sospecha, entre regímenes refundadores y desarrollistas, vemos que los dos modelos también la despiertan. Los primeros, es decir, los refundadores, lo hacen porque en su misión reparadora desprecian las formas institucionales, tratan al adversario como enemigo, gobiernan de forma conflictiva y antagónica considerando que el principio de mayoría les da un poder absoluto, a veces por encima de las leyes. Son una especie de democracia absoluta que tiene una fuerte propensión al autoritarismo.

Los desarrollistas sociales privilegian una cultura de compromiso y de consenso, evitando las opciones que polarizan; son muy cuidadosos de las instituciones, pero evitan los enfrentamientos y parecen favorecer un inmovilismo más o menos conservador que pospone los cambios. La convergencia aparente de programas socioeconómicos da la impresión de que los partidos son intercambiables, que la competencia es inútil, y eso va en detrimento de la participación ciudadana.

7. Conclusiones

Entonces, ¿a qué conclusión nos lleva este panorama contrastado y contradictorio? Primero, y quiero insistir sobre eso, para terminar, que los electores en América Latina creen cada vez más en el poder del voto. Consideran que no sólo permite cambiar sus dirigentes, sino también sus condiciones de vida y su porvenir. De manera global, la ciudadanía progresa a medida que interioriza un imaginario democrático.

Segundo, la esperanza y la sospecha son dos procesos complementarios en la vida democrática. Son dos polos imprescindibles. Sólo los totalitarismos necesitan un entusiasmo permanente. El desencanto es la base del cambio, de la alternancia democrática, y la sospecha es un poco la respiración del sistema sin la cual aquél se ahoga. En cuanto a la crisis de los partidos, ya habrá hipótesis sobre lo que ocurre en el mercado político, sobre todo en fase de transición. La misma destrucción creadora que Schumpeter veía en el mercado económico, en el capitalismo los partidos nacen, mueren, se transforman, a veces con el mismo nombre o con uno distinto, con fases delicadas de latencia, de existencia subterránea como ahora, pero van a subsistir de cualquier forma.

Un tercer punto, que no hemos abordado y no vamos a abordar porque no tenemos tiempo, es la cuestión del Estado. Varias alternancias, el colapso del sistema de partidos, tienen que ver con una ola de antiestatismo pro mercado de los años 90. No hay que olvidarlo. Ahora bien, el Estado es un reductor de la incertidumbre, garante de los derechos del ciudadano, y por eso está siendo rehabilitado en todo el continente de forma diversa, con más o menos éxito, y ésta es la tendencia favorable a la democracia que se da en todo el continente.

Voy a terminar con una consideración histórica. En este continente, diría que los regímenes políticos, en teoría representativos, han sido distorsionados, violados, desviados, manipulados, etc. La soberanía popular ha justificado muchas cosas como el fraude y la dictadura, pero la fe en la democracia nunca ha desaparecido ni mucho menos. Es más, creo que está más fuerte que nunca con sus peculiaridades que traté de referir. La aspiración a una plena ciudadanía existe más que nunca, y es cada vez más amplia.

Yo agregaría que, hace un cuarto de siglo, los países de este continente han enfrentado intentos de golpe de Estado, han enfrentado desastres económicos, tormentas institucionales, intensos enfrentamientos sociales, alternancias muy dramatizadas o muy polarizadas, tentaciones autoritarias o mayoritarias, pero la democracia ha resistido no sólo porque nace y renace siempre de sus cenizas, como lo demuestra la historia del siglo XX, sino porque creo que cuando la democracia crea ciudadanía, como es el caso del momento actual en América Latina, se alimenta a sí misma.

Muchas gracias.

Preguntas y respuestas

–Agruparemos las preguntas en dos series. La primera: ¿Qué importancia tiene para la consolidación democrática la falta de intervención norteamericana en los últimos veinte años? ¿Podría explayarse sobre la democratización social –desigualdades, pobreza– asociada a la democracia política?

–Acerca del papel de Estados Unidos, es cierto que América Latina no puede quejarse de haber sufrido un intervencionismo fuerte de ese país durante el último período. La negligencia total del período Bush ha sido una ventana de oportunidad para América Latina. Cuando Bush, el segundo, llega al poder, se dan grandes declaraciones de que América Latina va a ser una prioridad. Menos mal que no lo fue. A partir del 11 de septiembre, América Latina parece como inexistente para las prioridades norteamericanas y sólo tiene existencia como posible espacio donde pueda haber terrorismo y por el problema del narcotráfico. Fuera de eso, ni siquiera con México hay un intento de acercamiento, como se había pensado que iba a pasar antes del 11 de septiembre.

Ventana de oportunidad desde mi punto de vista, pero yo diría que frente a la crisis vemos una clara reestructuración del espacio latinoamericano. Hay una América Latina del norte que sufre muy directamente la crisis *subprime*, porque depende directamente del mercado norteamericano. Creo que la situación mexicana es muy delicada porque, a través del tratado de libre comercio, su comercio con Estados Unidos pasó del 65 por ciento de las exportaciones a un 85 por ciento. Esto hace que la dependencia sea fuerte, así como también la dependencia producto de las remesas de los inmigrantes, y eso no sólo afecta a México, sino también a América Central y el Caribe. La situación de América del Sur es diferente. Esta región tiene un comercio más equilibrado, con más diversidad de mercado, y eso le da, cualquiera sea la política de Estados Unidos, un margen de maniobra y un espacio de autonomía mucho más fuerte que la parte norte del continente.

En cuanto al problema de desigualdad y pobreza, creo que es una dimensión que hay que tomar muy en cuenta. Tocqueville decía en su clásico libro sobre democracia en Estados Unidos que, cuando hay un go-

bierno democrático, debe haber bienestar social. Sin esto, la democracia no se puede contener o tiene muchas dificultades. Para Tocqueville, la democracia no era un sistema político, era un Estado social, la igualdad de condiciones. Yo creo que eso se aplica perfectamente a América Latina. El problema bienestar-desigualdad creo que es un problema crucial. Hay muchos países que han reducido la pobreza. Esto significa que un grupo de personas que están en un estrato social van a ganar un poco más y van a consumir un poco más. Pero eso no basta para la democracia.

Lo que es importante para asegurar la legitimidad de la democracia es la posibilidad de promoción social, es la posibilidad de disminuir de forma intergeneracional –sino generacional– la desigualdad. Cuando hay reducción de la pobreza y no hay posibilidad de evolución social, de cambio de estatuto, esto tiene una incidencia muy negativa en la democracia, porque no constituye una democracia de bienestar. No habría un bienestar visible, real, que vincule al ciudadano con la democracia. Sólo el mejoramiento de su condición, de su posibilidad de acceder a otro universo, de acceder a otro tipo de estatus social es lo que da fuerza a la democracia. La democracia norteamericana está basada en eso. Cuando el ascensor social está bloqueado, hay muchos problemas para la democracia, la cual se alimenta de eso. Es un sistema que en principio permite el cambio social y la movilidad social. Cuando no hay eso, cuando hay una estructura social anquilosada o muy rígida, la democracia pierde legitimidad.

–La segunda serie reúne dos preguntas que tienen relación con dos situaciones particulares: ¿Cómo clasificaría en términos democráticos a Venezuela y la oportunidad de una pacífica alternancia en el poder? ¿Qué opinión tiene sobre los efectos para la democracia de un tercer período de Uribe en Colombia?

–Que yo sepa, en Colombia Uribe no ha decidido todavía, o estoy mal informado, si será candidato para un tercer período. El ministro Santos se ha lanzado a la contienda como sucesor posible y como continuador de las orientaciones políticas, sobre todo en el campo de la seguridad, esa famosa seguridad democrática del presidente Uribe; pero, de forma

general, yo diría que cambiar la Constitución por conveniencia propia va en detrimento de la democracia. Creo que lo ha dicho muy bien el presidente de Brasil, en que él no quería ser quien debilite la democracia pidiendo o imponiendo una reforma constitucional para ser candidato por un tercer mandato.

Contesto al mismo tiempo a lo que me preguntan sobre Venezuela. Yo no creo que cuando un gobernante se mantiene en el poder de forma extraconstitucional, más allá de la Constitución que él había promulgado, eso sea un aporte a la democracia, sino al contrario. Inclusive en un Estado perfectamente democrático hay una erosión de los equilibrios de poder porque el presidente nombra funcionarios en distintos sectores, y si no hay un cambio de jefe de Estado hay necesariamente una consolidación de los poderes que lleva a que no existan los equilibrios necesarios, los contrapoderes necesarios. En el caso de Venezuela, los contrapoderes son escasos, ya que, tal vez por culpa de la oposición, el Congreso es monocolor y no es uno que cumpla la tarea normal del Congreso de votar leyes y controlar al poder ejecutivo, pues delegó el poder legislativo durante cierto tiempo al presidente de la república. Eso genera una situación especial. Eso no quiere decir que, aunque Chávez haya insistido para poder ser candidato de modo indefinido, vaya a ser votado de modo indefinido. En Francia, antes de la última reforma, no había límite para el presidente de la república, quien podía ser candidato toda su vida, pero nunca pasaron de los dos mandatos y no hubiese sido posible un tercer mandato para cualquiera, inclusive para presidentes bastante populares. Yo creo que Venezuela tiene una sociedad bastante desarrollada, una sociedad civil muy activa, mucha vitalidad que contrasta con el sistema político y los partidos políticos que están muy debilitados, y de eso surgirá una solución alternativa posible, ya que la permanencia en el poder de un mismo presidente por más de dos mandatos no me parece muy prudente para la democracia.

